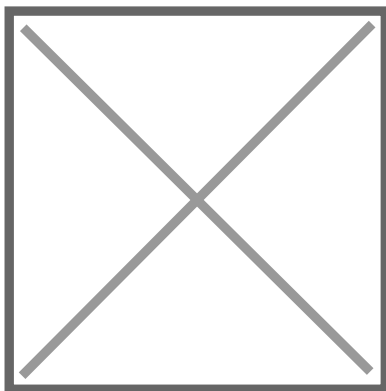




Entrevista

por Pedro Pablo Guerrero

Expulsado de la cúpula dirigente del Frente Sandinista de Liberación Nacional que lo había llevado a la vicepresidencia de Nicaragua en 1984, Sergio Ramírez se muestra más escéptico de la política y confiesa su sueño de volver por entero a la literatura. Anuncia también la aparición de su última novela: «Un baile de máscaras».

DOS libros testimoniales —La marca del azero, Nicaragua: confesión de amor (1991)— y un volumen de cuentos (Clave de sol, 1992) son la producción más reciente de este abogado, político y narrador nicaragüense que, a los 52 años, figura entre los más conspicuos integrantes de la generación de los «novísimos». «Un grupo donde uno se puede sentir a sus anchas —afirma— porque no tiene límite hacia adelante».

Autor de tres novelas —Tiempo de fulgor (1970), ¿Te da miedo la sangre? (1977), Castigo divino (1988)— y varios libros de relatos, comparte los rasgos de humor, eclecticismo técnico e influencia del cine que caracterizan a esta generación nacida después del «boom».

A fines de este año, Editorial Alfaguara publicará su última novela, *Un baile de máscaras*. En ella Ramírez evoca su pueblo natal, Masatepe, y la acción se sitúa precisamente en la fecha de su llegada al mundo, el 5 de agosto de 1942, el mismo día que se celebra una fiesta de máscaras.

«Vuelvo a mi infancia, a mi tierra, a las historias que conocí en mi familia», adelanta.

—Después de seis años transcurridos desde su última novela, ¿se puede esperar un cambio significativo en esta nueva obra?

—Creo que cada libro merece un estilo, más allá del estilo general del escritor. Es como cuando el escultor escoge qué clase de herramientas va a usar. En *Castigo divino* había una yuxtaposición de lenguajes, porque era la única manera como podía llegar a profundizar en la atmósfera de esa década. Una época está formada por lenguajes. La novela que viene, en cambio, tiene un estilo que pretende ser diáfano, un tanto «naïf». He querido pintar una especie de Chagall, con un pueblo visto desde una perspectiva muy inocente.

—Suena como una vuelta al indigenismo de Icaza, de Arguedas, del primer Ciro Alegria...

—No, porque en Icaza había una carga naturalista y de protesta. La denuncia social siempre se hace con alardes, como los cuadros de Guayasamín, que le pinta grandes bocas a los personajes, gritando y crispando las manos. En mi caso es lo contrario: voy relatando acontecimientos que dentro del pueblo resultan normales, pero que tienen un elemento fantástico. De lo

dos modos, no les quiero dar tampoco un toque de realismo mágico... o gercianar-quenco.

«Para el pueblo nicaragüense, el humor ha sido un arma de defensa»

—¿Piensa que el realismo mágico está superado?

—(Esquivo). Yo creo que es un asunto de épocas. El lenguaje, el estilo, el contenido de Arguedas son irrepitibles, como ahora Rulfo ya es irrepitible o Carpentier...

—¿Pero en esa mirada ingenua persistirá el humor que tanto le alaban sus lectores?

—Tendrá mucho más, porque en ella hablo de mis tíos, de quienes lo aprendí. Ellos hacían cada tarde una tertulia en la tienda que mi padre tenía frente a la plaza de Masatepe. Se reían de todo el que pasaba, siempre estaban haciendo bromas de las cosas más terribles, de los adulterios, de los defectos físicos, de todo el mundo, empezando por ellos mismos. Para el pueblo nicaragüense, el humor ha sido un arma de defensa contra el peligro y la muerte.

—Pero usted también ha declarado que este humor lo descubrió en Julio Cortázar, de quien llegó a ser amigo.

—Sí, Rayuela fue una gran escuela para mí. En Cortázar confirmé que el verdadero sentido del humor es capaz de reírse de uno mismo; él lo hace de una forma muy profesional y además como quien no quiere la cosa, que es también la buena manera de hablar con humor.

—¿Cómo recuerda a Cortázar?

—Como un hombre de una enorme ingenuidad cómica, muy puro frente a la vida, entregado a los demás y sin ninguna

clase de ese egotismo político que yo vi en otros escritores.

—En sus cuentos y novelas usted retrata varios periodos de la historia nicaragüense. ¿Nunca ha tratado de escribir sobre el que vivió en las últimas tres décadas?

—Alguna vez pienso establecerme en la realidad contemporánea, pero tratar los hechos que uno ha vivido da un poco de temor; se necesita quizás un tanto de distancia para entrar en el mundo más próximo, aunque esto parezca una contradicción. Cuesta lograr que los hechos no se vuelvan panfletarios... no sólo en el sentido político.

—Y cuando se decida a hacerlo, ¿describirá también al periodo más reciente de su país, con el sandinismo derrotado y dividido?

—Una vez cerrado el capítulo de la década revolucionaria, cuando se despertaron tantas esperanzas en Nicaragua a través de un fenómeno social y una ética nuevos, los jóvenes estaban dispuestos a vivir y a morir por una causa. De repente todo se desmoronó y vino un enorme vacío. Yo quisiera contar eso en una obra de teatro, pero me parece que fracasé porque a nadie le ha gustado. No soy dramaturgo, obviamente; la obra falla por su estructura.

—¿Pero piensa volver a la carga con un género que conoce más?

—Bueno, lo voy a intentar de nuevo en una novela o un cuento, pues la situación me atrae, como le atraían a Thomas Mann los temas de la filosofía de la vida. Su naturaleza es más vital que política, tiene que ver no sólo con la revolución, sino que nace como un fenómeno mundial de crisis juvenil.

—¿Qué están escribiendo en Nicaragua esos jóvenes?

—Cada uno va por su línea, no hay una tendencia. Yo diría que el fenómeno post-revolucionario no está tan identi-



Sergio Ramírez: «Vengo de vuelta de una experiencia en que quisimos cambiar por completo una sociedad y no se pudo. La literatura lo puede hacer con más perspectiva».

cado como durante la época anterior, cuando se estableció una forma de ver la realidad por medio de la técnica del exteriorismo que una Cardenal, relatando los acontecimientos alrededor de la lucha, de la participación individual, del amor en los campos de batalla y todo eso. Ahora no encuentro ningún hilo conductor de ese tipo.

«Sólo las palabras son capaces de cambiar las cosas»

—Usted fue vicepresidente de Nicaragua. ¿Qué le enseñó esa experiencia política al Ramírez escritor?

—Nada. El poder no enseñó a escribir; aleja de los contactos minuciosos con la realidad, porque no deja ver a los seres humanos como son. El único acercamiento real que un escritor puede tener con ellos es de igual a igual, lo demás no sirve.

—Después de luchar por la revolución sandinista, verla triunfar, alcanzar el poder y, finalmente, perderlo, ¿no piensa a veces que hubiera sido mejor dedicarse solamente a escribir?

—Sí, claro, muchas veces y ahí está mi mujer al lado que me lo recuerda siempre. Cuando uno es político y escritor a medias, siente que algo va dejando en el camino en cuanto a intensidad y dedicación al trabajo. A estas alturas de mi vida, en lugar de tener cuatro novelas escritas, debería tener diez.

—Y por qué no vuelve por completo a la literatura?

—No puedo. Ese es uno de mis grandes dramas. Ojalá que en un determinado momento los juegos tan cambiantes de la política me sacaran por la borda. A veces deseo eso para dedicarme solamente a escribir, pero no sé. Hay tentaciones permanentes y uno se vive diciendo que tiene compromiso con gentes... o realmente los tiene. Es como un laberinto de Creta.

—Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, Vargas Llosa... La presidencia de la república parece un destino de los escritores en algunos países de América Latina, ¿no?

—Sí, por algo yo admiro a Vargas Llosa, aunque no esté de acuerdo en todo lo que piensa, desde luego. Me impresionó la valentía que tuvo en El pez en el agua de quemar sus novelas políticas. Es una forma de decir «no vuelvo nunca, no puedo tener aliados, no quiero saber nada de la política». Me parece muy bien, pero no es mi caso, desgraciadamente... aunque de repente puede ser que lo haga (se ríe).

—A estas alturas, ¿puede decir cuánto ha sentido más fuerza: con un fusil o con una pluma en la mano?

—Nunca manejé un fusil... pero, bueno, para el caso es parecido. La pluma, obviamente. Yo vengo de vuelta de una experiencia en que quisimos cambiar por completo una sociedad y no se pudo. La literatura lo puede hacer con más perspectiva, quizás no logre transformar la realidad, pero muestra cuáles son las señales de identidad más firmes y ayuda a defenderlas. Creo que sólo las palabras, al fin y al cabo, son capaces de cambiar las cosas.

AUTORÍA

Autor secundario:Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El poder no enseña a escribir" [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile